VII. La inmoralidad de la psicología social: una interpretación del experimento de Stanley Milgram

JOSÉ MORALES GONZÁLEZ

En los últimos 50 años, la psicología social se ha distinguido por su talante crítico (Gergen, 1973; Íñiguez, 2003; Rodríguez, 2015). Estudiosa de sí misma, revisando las propias condiciones sociales de su práctica científica, esta disciplina ha generado herramientas para pensar la sociedad aportando puntos de vista que resultan necesariamente inmorales. ¿Se debe apoyar o criticar el orden social? preguntaba Serge Moscovici (1972) retóricamente al señalar que el objetivo de esta disciplina debe ser la formulación de "verdades peligrosas".

En este trabajo se argumentará que la psicología social ha sido inmoral por su perspectiva ética y política, pero también por una exigencia metodológica. ¿Cómo estudiar la sociedad si se comparten ciegamente sus prejuicios y creencias? Ese sería el caso de una "psicología dominante", que no es estudiosa sino reproductora del orden social. Tal como se mostrará más adelante, la psicología social precisa de una posición "marginal" de la sociedad que le permita apreciar a distancia su objeto sin pretender salirse de él. Su punto de vista no es asocial ni amoral sino inmoral, pues desde dentro de su objeto, la psicología social es el forastero que no adora a los ídolos de la tribu y queda amargamente inadaptado (Schutz, 1944). Extrañándose de lo que observa subvierte la mirada.

La psicología social ha alcanzado la sociabilidad, ese punto en que una actividad social se cuida a sí misma de no someterse a las premuras de la necesidad (Simmel, 1917) e incluso se esmera en mejorar sus formas (Fernández, 2004) encontrándose con la literatura (Rodríguez, 2014). En un principio, estas deberían ser las condiciones de las ciencias y las artes, definir sus

propias reglas y en su sofisticación transformarse. Sin embargo, la psicología social ha debido realizar un trabajo notable para librarse de la servidumbre al estado (Martín–Baró, 1983), al mercado (Flores & Nava, 2016; Blondeau, Dyer–Witheford, Vercellone, Kyrou, Corsani, et al., 2004), al espíritu utilitario de la época (Soto, 2009) y de ser ella misma instrumento de dominación (Ibáñez, 2005). Su moral, si se quiere, es asumir la crítica como un valor.

La moral ha sido conceptualizada, en las ciencias sociales, como el cimiento mismo de la sociedad, "el pan cotidiano sin cuyo surtimiento las sociedades no pueden vivir" (Durkheim, 1902, p.60). Lo arduo de pensar la moral es, precisamente, el cuestionar aquello que define la vida, y reconocer que en tanto que la define, ejerce un *poder de verdad*. Friedrich Nietzsche advirtió que quien dice verdad ordena, a condición de que se olvide, que esa verdad es creación humana y con ello se someta a su obediencia. La moral, desde esta perspectiva, es la distinción entre lo bueno y lo malo elaborada por el lenguaje, que no describe sino que legisla e impone así una jerarquía que favorece la vida humana. La obra de este filósofo, que rompe con las pretensiones de la modernidad, alienta en Michel Foucault una crítica minuciosa a las instituciones que produjeron al ser humano basadas en el saber científico: la cárcel, el hospital, la fábrica, la escuela. Cada una de ellas representa un valor para la vida plenamente humana. Son instituciones sin las cuales las sociedades no pueden vivir. Criticarlas es buscar problemas (Ibáñez, 1994). Pero es esto, precisamente, lo que ha hecho sistemáticamente la psicología social, problematizar los prejuicios en los que descansa la sociedad para advertir las más diversas formas de control que la constituyen.

Aquí se desarrollará una interpretación de una obra clásica de esta disciplina, el trabajo de Stanley Milgram, *Obediencia a la autoridad* (1973), con el objetivo de ilustrar la forma en como la psicología social aborda la construcción moral del sujeto. No se pretende decir algo nuevo sobre Milgram sino usar el caso para argumentar que la psicología social busca programáticamente la inmoralidad para *estudiar la sociedad*; esto quiere decir que quien la practica no es un técnico que se limita a aplicar conocimientos adquiridos sino un estudiante que pregunta y se pregunta a sí mismo continuamente de qué está hecha la sociedad en la que vive.

Como es bien sabido, Stanley Milgram realizó su experimento a principios de los años sesenta del siglo pasado. El experimento consistió en colocar al

sujeto experimental frente a un generador de descargas eléctricas que debía accionar. Luego, aumentaba el voltaje cada vez que la persona amarrada en una *silla eléctrica* en la habitación contigua se equivocaba en las respuestas de un test de memoria. Contra las expectativas de propios y extraños al equipo científico, 65% de los sujetos aplicaron hasta el máximo de voltaje siguiendo las instrucciones del experimentador, aun sabiendo que causaba dolor a la víctima (Milgram, 1963, 2005). Más adelante se darán detalles del experimento pertinentes al propósito de este trabajo.

Como antecedentes al presente trabajo, se puede destacar cómo este experimento ha sido analizado para abordar preguntas de carácter ético en la metodología de la investigación, abriendo preguntas sobre el engaño a los sujetos de investigación y la aplicabilidad de sus resultados a otros contextos notablemente distintos. Incluso, gracias a su carácter polémico, se cuestiona sobre la enseñanza de este experimento a estudiantes en materia de ética en la investigación (Salomone & Fariña, 2009). Por otra parte, en lo teórico, se ha criticado a Milgram su concepto de *estado agéntico*, que explica la obediencia del sujeto al estar inmerso en una estructura jerárquica como algo constitutivo de la naturaleza humana y social. Sin embargo —señala esta crítica—, y gracias a los propios resultados del experimento, "la investigación de Milgram debe ser contemplada también como un ejemplo de que la desobediencia es posible", la desobediencia como un acto de resistencia (Canto & Álvaro, 2015, p.18).

Si bien, Milgram cuestiona valores habitualmente asumidos y problematiza ideas preconcebidas en torno a la moral, en este escrito se pondrá el acento en lo que se puede pensar a partir de su trabajo respecto a la moral de la propia psicología social. Aunque se ha ubicado su trabajo dentro la psicología social cognitiva (Hepburn, 2007), no es de interés tanto su postura teórica sino el valor comprensivo que puede otorgar la situación creada en su experimento; o, dicho de otra forma, aunque Milgram busca *explicar* la obediencia, aquí se busca la *comprensión*, la comprensión de cómo se plantea la moral como un objeto de estudio para la psicología social.

La presente interpretación de Milgram se concentrará en tres puntos: el individuo, la ciencia y la tecnología. Los tres, como se argumentará luego, son valores centrales de la moral actual pues constituyen referentes incuestionables para distinguir entre lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, siguiendo la noción nietzscheana de moral. Milgram explicita el papel

que tiene la moral del individuo en su conducta dentro de situaciones bien definidas y señala las condiciones que permiten acciones crueles, no sin advertir el papel que tiene la ciencia en esto. Aquí se sostendrá, empleando argumentos de Milgram y otros cercanos a él, que su trabajo cuestiona la idea del individuo autónomo —así lo señala él mismo, aunque su postura teórica y metodológica lo asume como un ente con capacidades cognitivas—, cuestiona la instrumentalización del ser humano que la ciencia hace posible y pone en claro el poder de la tecnología sobre la acción humana.

Tal como lo expone Milgram, su trabajo está relacionado con otros estudios sobre la obediencia a la autoridad, realizados por filósofos y científicos sociales que, como él mismo, estaban interesados en explicar el Holocausto como un fenómeno social. ¿Cómo fue posible que en el periodo del régimen nazi fueran asesinados millones de personas inocentes de una manera planificada, sistemática y calculada?

Distanciándose de Theodor Adorno y su estudio de la personalidad autoritaria, que explica la crueldad de los campos de concentración por los actos de tortura de los oficiales nazis (Bauman, 1989), Milgram se aproxima a Hannah Arendt. Esta filósofa, al presenciar el juicio realizado en 1961 contra Adolf Eichmann, comandante de las SS, no vio más que a un simple burócrata que realizaba debidamente su labor.

Ese hombre acusado de crímenes contra el pueblo judío y contra la humanidad, que enfrentaba pena de muerte, se declaraba inocente. "Jamás he matado a un ser humano", afirmaba (Arendt, 1963, cap. 2, párr. 9.3).[1] En sus interrogatorios expresó en repetidas ocasiones que él solo cumplía con su deber; no solo seguía órdenes sino que obedecía la ley. Era lo más habitual para un oficial del régimen. Uno de sus logros fue coordinar la deportación de 434,351 personas en 134 vagones de Budapest al campo de concentración de Auschwitz siguiendo órdenes de Hitler (Arendt, 1963). Que Arendt calificara a Eichmann de simple burócrata, resuena por la conceptualización de *burocracia* que hace Max Weber (que es, por cierto, citado por Milgram, 1973). Weber hace ver que esta obediencia no es exclusiva de un ejército en contexto de guerra sino que es particularmente eficiente en la burocracia

1. En el caso de los libros electrónicos se indica el capítulo de la cita textual y el párrafo. Este último, según es numerado en el programa informático Calibre en "Modo de referencia" de su Visor de libros.